

das, y teniendo la prolongada cuesta por base común » (pág. 131); «Encierro moro y lánguido, que se desea desflorar» (pág. 159); «Laten los vicios que palidecen la faz de los mortales» (pág. 169); «Nunca siento idéntica desigualdad» (pág. 189), etc.

La concordancia, principio inflexible de acuerdo lógico, no siempre es respetada en las páginas de su libro:

Hay limoneros, naranjos, laureles griegos vibrantes de ruiseñores y por doquiera brota salvaje y libérrimo el hinojo marino, la malvarrosa y la violeta tímida. (Pág. 145.)

Dejamos Miramar y a los veinte minutos nos encontramos en la aldea de Valldemosa, que atrae a los turistas por su cartuja restaurada, en una de cuyas celdas vivió Chopin y su amiga Dudevant. (Pág. 146.)

El gran puerto se entrega con una resonancia y un fragor que recuerda a Amberes, Liverpool o Barcelona. (Pág. 168.)

Bajo esas caparazones violáceas y purpúreas vive la sal, el yodo y el gusto del Mediterráneo. (Pág. 171.)

La luz y la calma que han menester los escritores de París no la puede dar una ciudad tumultosa. (Pág. 185.)

¿A qué seguir? Contar estas cosas en un libro puede ser ocioso, Hay sin embargo un principio de lealtad más humana y cordial que literaria que nos obliga a decir esto. Conocemos desde varios años al autor, y en su compañía hemos reñido varias batallas interesantes. Ideas comunes de renovación literaria nos hacen ver en su actividad bullente, en su dinamismo inquieto,

aliados fructuosos para la vida de las letras chilenas. ¿Cómo cerrar hipócritamente los ojos sobre estas deformidades? Ninguna consideración de amistad sería suficiente para aconsejarnos esa actitud. Por lo contrario, creemos hacer una ofrenda a la amistad al decir claramente al autor del *Itinerario de la inquietud* que esta vez no ha acertado en su camino y que por respeto propio, si el respeto al público no es cosa que pese mucho en su ánimo, debió haber aligerado su libro de algunos de estos tan visibles errores.—*Raúl Silva Castro.*

POESIA

EL MIAJÓN DE LOS CASTÚOS (Rapsodias Extremeñas), por *Luis Chamizo.*

Un libro de poesías que alcanza una tercera edición en un medio intelectual tan poco dado a la verdadera poesía como es el español, forzosamente habrá de ser algo muy bueno, o... muy malo. Esta afirmación aunque parezca perogrullada, tiene su razón de ser. La repetición de la demanda de poemas determinados puede indicar un poeta de corazón que ha plantado su fama y su personalidad en medio del público lector, y tal sería el caso de los hermanos Machado, poetas en todo el sentido de la palabra y cuyas publicaciones han sido agotadas por todos los públicos; como también puede indicar, y este es el caso más generalizado, la existencia de

un versificador propenso a halagar los oídos del grueso público, tan grueso como incomprensivo.

El caso de Chamizo es altamente interesante. Podemos afirmar sin temor que la tercera edición de su libro (1) es una comprobación de que también los buenos poetas pueden llegar a ser populares. Y con mayor motivo que ninguno Chamizo, que proviene del pueblo y escribe poesías para el pueblo en el lenguaje que habla el pueblo. Hace algunos años, en sus giras de recitadora, Berta Singermann dió a conocer *La Nacencia* de Chamizo y desde entonces figuró dicha poesía en lugar de primacía en sus programas. El lenguaje popular, rudamente popular, en que está escrita *La Nacencia* y toda la obra poética de Chamizo, acaso le restará lectores entre aquellos que creen que la poesía no puede expresarse en el habla del pueblo. Pero Chamizo tiene por fortuna en la expresión de sus sentires el hallazgo perfecto de la expresión brava y de la expresión de ternura; braveza y ternura populares se entiende. Pero esta misma rudeza campesina de sus poemas le presta a toda su obra un carácter de fuerza de expresión realmente sugerente y encantador. Así:

¡Qué trabajaora!
 ¡Qué guapa y qué güena!
 ¡Si paece mintira que tanto
 me quiera!

Son las expresiones de ternura de un novio serrano, y, ellas, que

(1) Ediciones de la C. I. A. P. Madrid, 1930.

no tienen ninguna novedad, encierran, sin embargo, un agradable perfume de cosa sana, rústica, incontaminada de tendencias o modalidades artísticas, que le dan una belleza inconfundible.

Hemos dicho que la fuerza de expresión puede considerarse como una de las características más marcadas de la poesía de Chamizo, si no la principal, y en efecto, la aplicación de modismos del más rudo lenguaje popular, del más sencillo, del más tierno, da como resultado una poesía ruda, sencilla y tierna, pero poesía al fin. Las descripciones de la naturaleza se hacen con el mismo procedimiento. Un momento cualquiera: la puesta de sol de *La Nacencia*:

Bruñó los recios nubarrones par-
 [dos
 la luz del sol que se agachó en un
 [cerro
 y las artas cogollas de los árboles
 d'un coló de naranjas se tiñeron.

Con estas palabras tenemos mejor y más clara y poéticamente expuesta la puesta de sol, motivo esencialmente poético según los manuales retóricos, que todos los poemas en que se siguen las reglas que para conseguir la expresión poética da la propia señora Retórica.—A. V. A.

VERSO SIMPLE, por *Rafael Jijena Sánchez*.

Es la última producción poética del momento. Un pequeño libro de 75 páginas, suficientemente bien distribuídas, para formar una obra